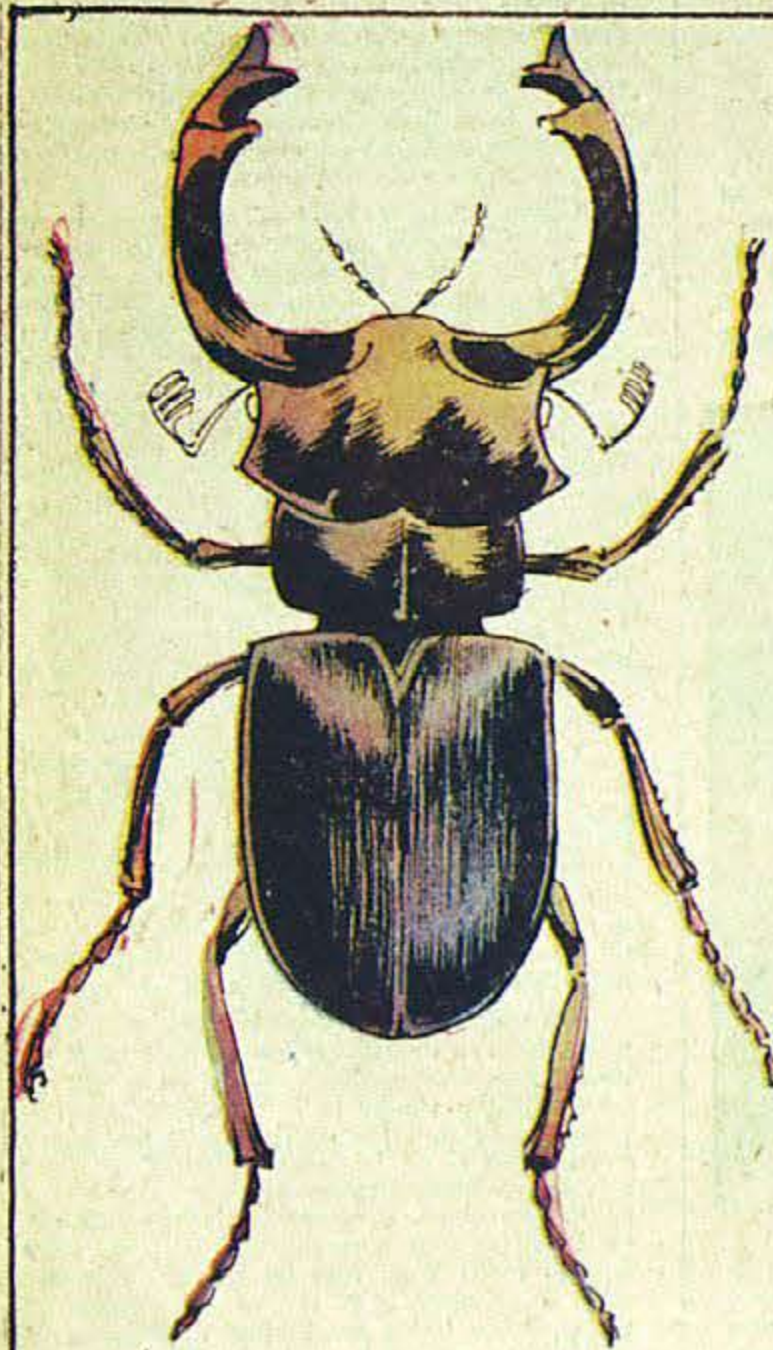
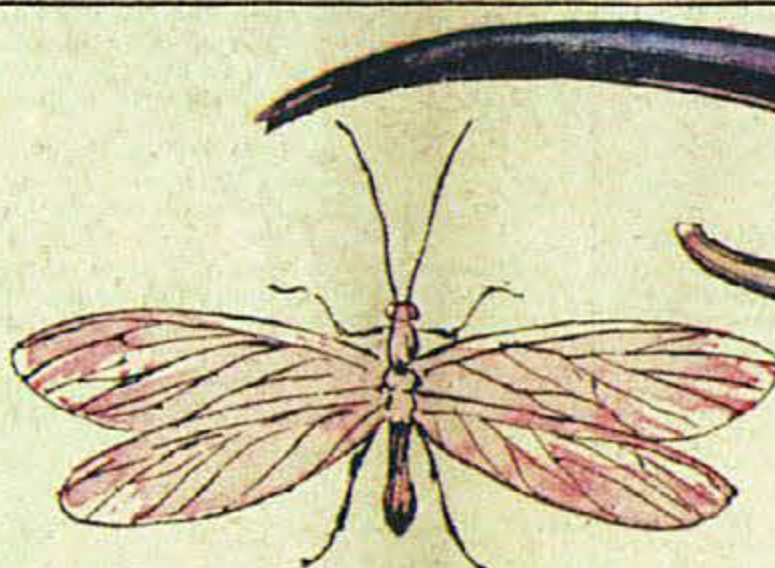


VISTO Y OIDO ★ Una Riquisima Fuente de Escarabajos ★ por PREMIANI



La COLECCION MAS COMPLETA de **INSECTOS** ESTA en el BRITISH MUSEUM de LONDRES. ASCIENDE a **1.018.000** EJEMPLARES DIVERSOS. CASI la MITAD SON COLEOPTEROS. el RESTO MARIPOSAS. Un NUMEROSO PERSONAL EMPLEO SEIS DIOS en CLASIFICAR la COLECCION.



La **EFIMERA** HACE, SE NUTRE, CONCEBE, PARE y MUERE en POCAS HORAS.



A PESAR de su METALICO ASPECTO el ESCARABOJO **HERCULES** NO SE NUTRE MAS QUE de VEGETALES.

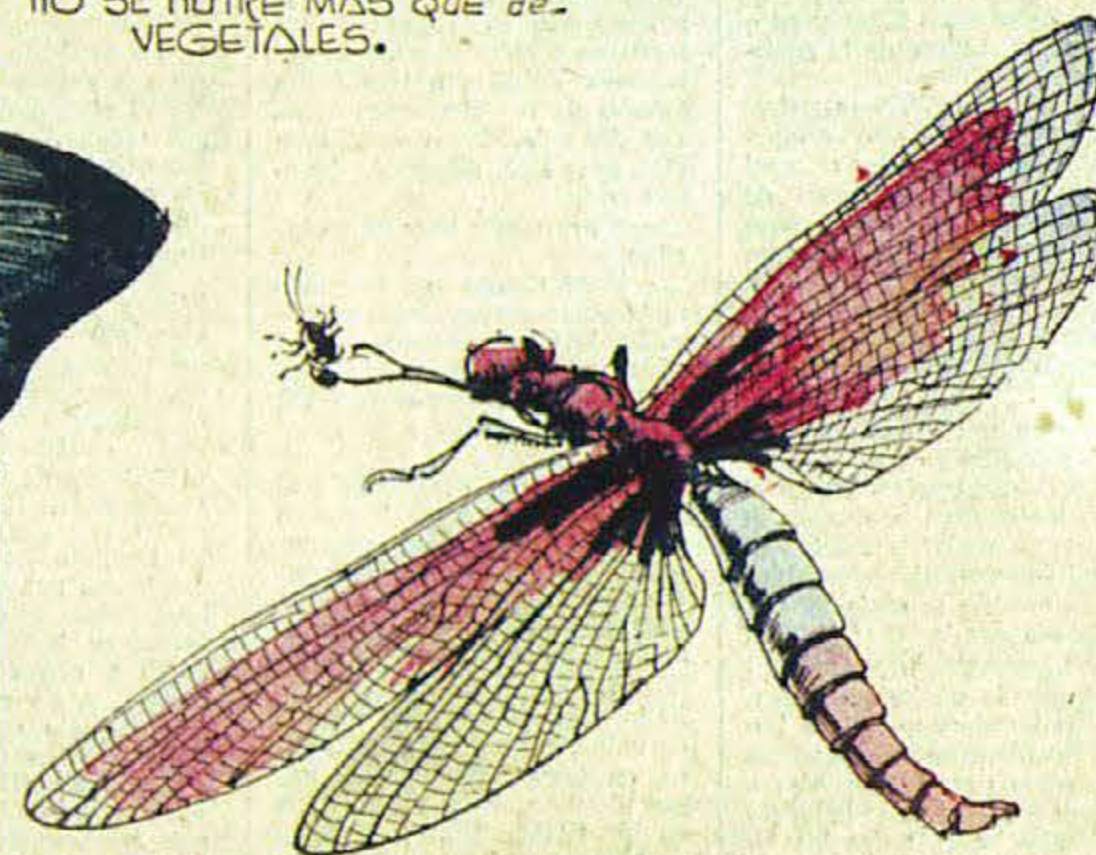
El **ESCARABOJO LUCANO** ERA el PLATO FAVORITO en los DANQUETES de los ANTIGUOS ROMANOS.



El **CLAVIJERO** ESTA SIEMPRE rodeado de HORMIGAS. Se SUCCIONAN el LICOR que SEGREGA por los POROS.



de la ISLA CELEBES.



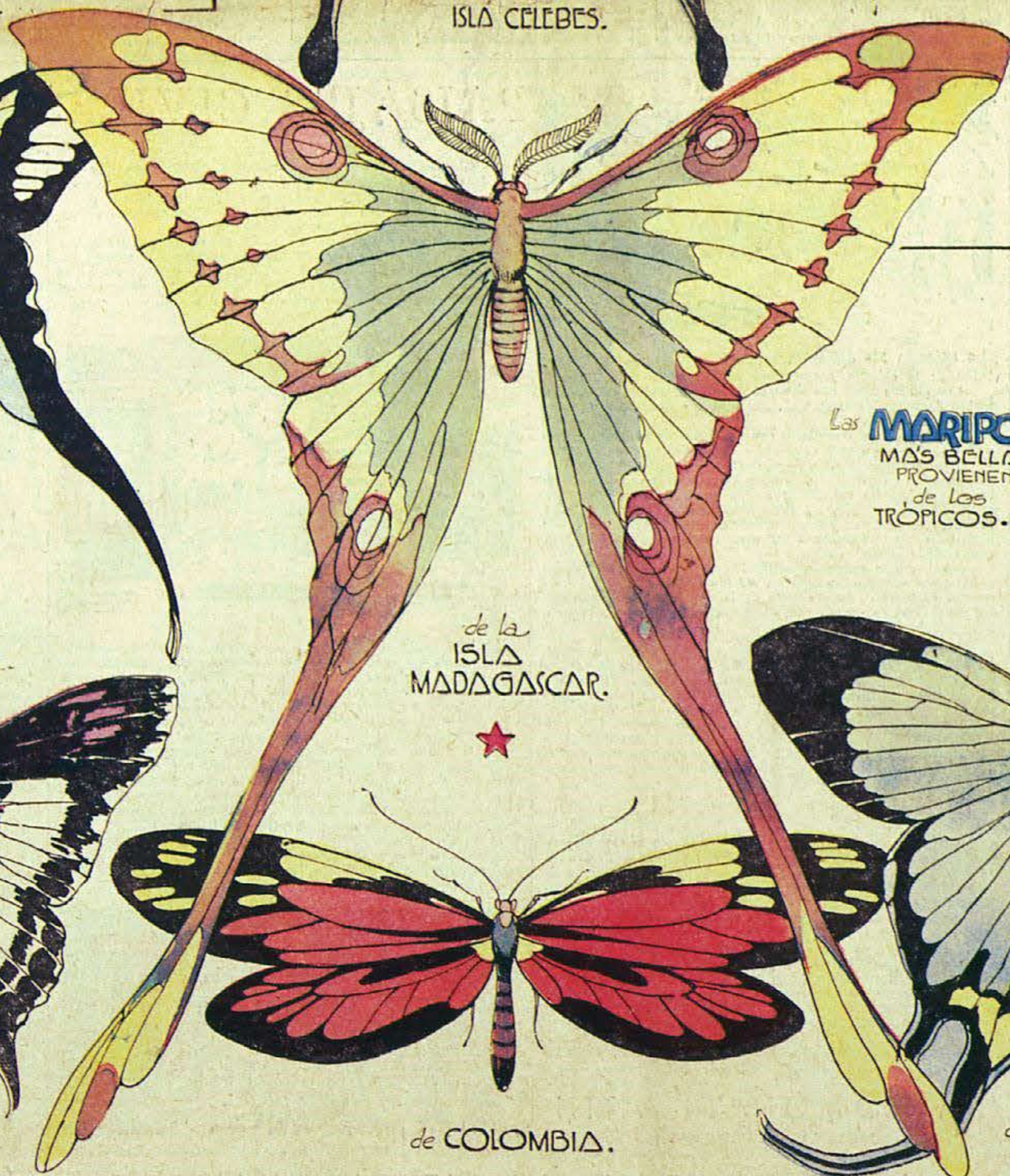
La **LIBÉLULA**, para ATRAPAR a los INSECTOS de que SE ALIMENTA, ESTIRA una ESPECIE de MANDIBULA INFERIOR que ALARGA y MANEJA como TENAZA.



de la ISLA CELEBES.

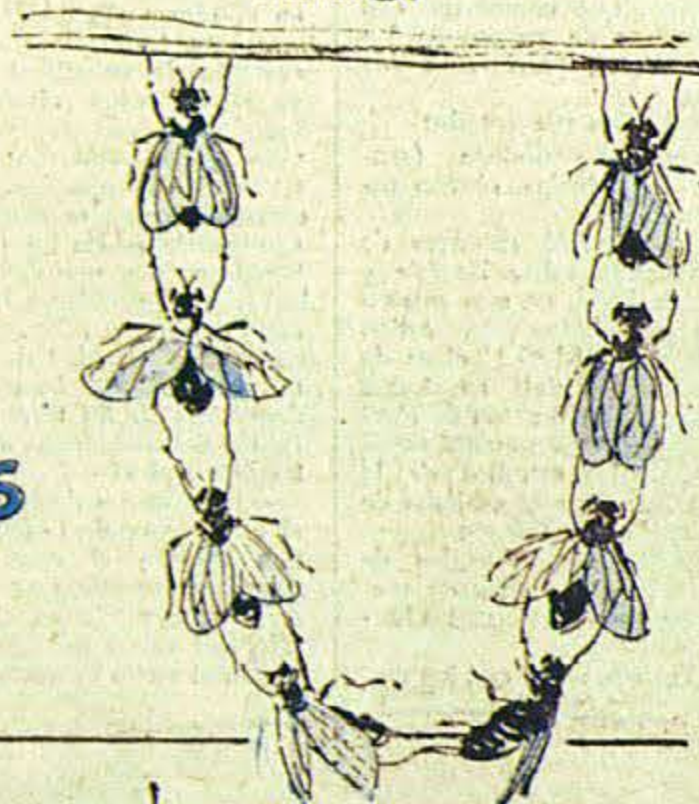
★★★★

del AFRICA ORIENTAL.



de la ISLA MADAGASCAR.

Las **ABEJAS**, CUANDO FORMAN el PANAL SE AGARRAN UNAS a OTRAS por las PATAS, SE ENCADENAN ENTRE si y HACEN un VERDADERO TEJIDO.



Las **MARIPOSAS** MAS BELLAS PROVIENEN de los TROPICOS.



de COLOMBIA.



de VENEZUELA.

SECRETOS DE LA FISIONOMIA



no notable, determinante de la mentalidad del individuo visado.

El arte de los trágicos y los actores no deja de ser una rama de la fisionomía: los actores valen en razón de su aptitud para interpretar por medio de sus inflexiones de voz, de sus gestos, de sus mímicas, los pensamientos íntimos de los personajes que representan; los cambios de fisionomía, los gestos, el maquillaje, no son sino aplicaciones del sentido fisionómico.

Los autores, los directores de teatro no hacen más que seguir las sugerencias de la fisionomía cuando escogen, para los papeles principales, aquellos actores cuyo aspecto, cuyo rostro están en armonía con la expresión del personaje que desean mostrar al público.

nos exteriores a la rutina de los negocios; sobre todo parece interesarles la forma del cráneo, la fisionomía, ciencia que se enseña en la Universidad de Edinburgo. R. Rocine, en Chicago, regularmente, todos los años, conferencias de fisionomía que siguen capitalistas, comerciantes, abogados, jueces de instrucción, detectives, hasta sacerdotes. En Bélgica, un ingeniero, Paul Nysens, estudia la fisionomía en sus relaciones con el rendimiento de los negocios; sabe demostrar que el arte de vender suena si es otra cosa que el arte de juzgar rápidamente el carácter de las personas y aprovecharse de este conocimiento para incitarlas a la compra. En la Europa Central, la fisionomía se utiliza con fines pedagógicos; una sana pedagogía debe, en efecto, ser individual; los métodos han de variar según las tendencias, las aptitudes de los niños. La pedagogía del porvenir, la nueva pedagogía, sabrá discernir los estigmas hereditarios de las enfermedades a c e e r t a s, diagnosticar las deficiencias glandulares de los niños, estimar las horas de trabajo que un escolar es capaz de resistir. El médico es, entre todos los hombres, el que más ocasiones y facilidades tiene para observar-

Observando a las personas que nos rodean, ciertas desproporciones las descubrimos hasta a 1 o s ojos menos observadores. Se conoce el enorme volumen del cráneo del hidrocefalo sin inteligencia, o al contrario el pequeño volumen de ese cráneo en algunos idiotas.

El tipo cerebral escueto... La cara rectangular ideal se inscribe en un rectángulo medianamente alargado con igual proporción entre las tres partes del rostro; indica el equilibrio en la fuerza; evidencia una voluntad firme, constructiva, amiosa, y firme una mentalidad de jefe. En nuestra época, ha podido observarse en Pasteur, en Joffre, en Foch, en Beethoven; se la puede notar en ciertos políticos de gran envergadura, en oficiales, en industriales, en hombres de empresa. La cara rectangular parece corresponder de tal manera a las más elevadas cualidades del hombre, que los artistas antiguos han dado esta forma de cabeza a Júpiter, y los artistas cristianos al Dios Padre. Hay pues, bajo este punto de vista, armonía entre todas las épocas y escuelas de arte. El rectángulo alargado no se lo encuentra casi en los hombres de primer plano; esta forma es frecuente en los que ocupan siempre el segundo lugar.

El triángulo con la punta hacia abajo o trapecio con la base arriba, evidencia al predominio del cerebro. Esta forma de cabeza pertenece a los llamados intelectuales, cerebrales, brainy en inglés; caracteriza a la mayor parte de los pensadores, matemáticos, literatos y artistas. Se la encuentra también en los grandes políticos: César, Augusto, Richelieu; revela menos equilibrio, menos dominio de sí mismo, más nerviosidad y emotividad, pero más imaginación, más sentido creador. Esta cabeza se ve con frecuencia en los hombres del Renacimiento francés, tan inquietos, tan nerviosos, tan apasionados, tan artistas; parece ser mucho más rara en nuestra época; casi no se la encuentra fuera de la raza blanca.

El tipo ovoide tiene estrecha conexión con el tipo triangular; es un triangular con tejido celular más desarrollado. El tipo ovoide es el triangular joven; se alía por otra parte al tipo

La cara trapecio con la base hacia abajo se distingue por una anchura mandibular inferior empastada en grasa. Esta cara, los caricaturistas por lo común la dibujan bajo la forma de una pera; representa a los temperamentos egoístas, materialistas, prácticos. No son ni artistas, ni poetas; son realistas. Llenos de celo para sus negocios, son ánticos para lo demás, amantes de la comodidad y del sosiego. Colmados de sí mismos, desde luego, gustan presidir las asambleas y sobre todo los banquetes, ya que los placeres de la buena mesa para ellos representan un papel de lo más importante. Sus apariciones de sencillos, de jovialidad, disimulan mucha malicia y diplomacia; hombres de método y de orden, resultan hábiles administradores.

Las reflexiones que hemos hecho y los ejemplos que hemos citado, permiten dar cuenta del interés histórico, psicológico, práctico, de los estudios fisionómicos.

Una de las superioridades de la ciencia de la fisionomía consiste en que no exige ni aparatos, ni laboratorios monumentales, en que no pide ninguna limitación de espacio, de tiempo, de lugar.

Cuéntase que en épocas en que Molière formaba parte de la "troupe" ambulante de la Béjart, en sus momentos de vagancia en provincias, en Péséaux, iba a casa del barbero Gély para dar sosiego a sus inquietudes. Siempre se ha charlado en casa de los peluqueros. Molière "el contemplador", como lo había apellidado Boileau, se complacía en sentarse en un rincón de la peluquería para observar silenciosamente a los hombres. Cada uno de nosotros puede imitar a Molière y ocupar con estudios fisionómicos los mo-



El arte de conocer a los hombres por su aspecto exterior no es una perniciosa delirante, un pequeño juego de diletante; es una necesidad primordial de la vida social.

La vida en sociedad no es posible sino gracias a la transmisión y al intercambio de pensamientos entre los hombres; para ello la naturaleza nos ha concedido la palabra; tenemos una necesidad no menos importante, para nuestras relaciones corrientes, la de juzgar rápidamente el grado de confianza que podemos otorgar a todos o tales de nuestros semejantes; así también la Naturaleza nos ha dotado de un instinto especial: la facultad de juzgar a las personas por su

DOQUE DE GUISA

tinto, esta actitud singular lleva, en la ciencia, el nombre de fisionomía, expresión formada por dos vocablos griegos: Physis, naturaleza, y Gnomoseo, juzgar. La fisionomía es el arte de juzgar la naturaleza de los hombres por su aspecto exterior, arte no menos necesario que la palabra.

El niño, desde su más tierna infancia, es por lo regular muy atento para observar a los desconocidos que le son presentados; aprecia habitualmente con mucha precisión cuáles personas merecen su confianza, a cuáles personas puede acercarse sin temor; los hipócritas raramente consiguen engañar su instinto. Ciertos animales domésticos, el gato, el perro, son también muy buenos observadores de fisionomía humana; saben a la perfección mantenerse a distancia del bruto capaz de largarles un mal golpe.

Algunos hombres, y no son siempre los más instruidos, tienen naturalmente un sentido fisionómico intuitivo comparable al de los animales o al de los niños. Basan sus acciones o sus relaciones sociales en sus primeros impulsos de antipatía o de atracción.

El lenguaje corriente, manifestación de nuestras preocupaciones diarias, se pronuncia, a cada momento, en juicios fisionómicos; se dice: "fulano tiene el aspecto de persona honrada", "éste no aparenta ser un cordero", "este individuo tiene la cadadura de un bribón".

La armonía de los sexos, base de la familia, base de toda nación, está fundada en la misma base del sentido de adivinación del carácter que hace nacer y desarrollarse, entre chicas y muchachos, la atracción sexual. Lo que en el lenguaje de la juventud se llama "le coup de foudre" no es otra cosa que una viva impresión fisionómica.

Por lo demás, en todos los tiempos la humanidad ha reconocido este hecho, que el rostro de un hombre revela su alma. Los libros santos de los hebreos, los antiguos filósofos griegos enseñaban que la fisionomía es el verdadero espejo donde el alma se muestra tal cual es, que el hombre tiene su alma pintada sobre su rostro, que sus ojos sirven de lentes para aquel que quiera leer en su corazón.

Gran número de pensadores han intentado limitar y precisar las bases de esta aptitud natural. Se señalan, en la estructura de la fisionomía, los grandes nombres de Platón, de Aristóteles, de Hipócrates, de Galeno, más tarde los de Avicenna, de Alberto Magno; en los siglos de nosotros, los nombres de Porta, de Lavater, de Darwin y de varios otros más recientes.

Aparte de los pensadores y escritores, todos los artistas, pintores o escultores, han sido siempre afectos a los estudios fisionómicos. Cuando un verdadero artista hace un retrato, no busca dar simplemente la ilusión material del físico de su modelo; su conciencia profesional aspira a penetrar hasta el fondo del alma de su personaje, a "poseer" las pasiones secretas, para revelar luego con vigor esas comprobaciones pintándolas sobre la tela, modelándolas en la arcilla, cincelándolas en el mármol o el bronce. El gran artista y retratista del siglo XVII, Latour, decía de sus modelos: "Creo ellos que no aprovecho sino los rasgos de sus rostros, pero desciendo hasta el fondo de ellos mismos, sin que lo sepan y me los llevo íntegramente". Latour fue un gran fisionomista; grandes fisionomistas son también los buenos caricaturistas; sobresalen en apresar en



pecho era, bajo cualquier pretexto, puesto aparte para un examen más profundo.

Evidentemente, el servicio de seguridad consideraba el examen exterior de los sujetos como complemento indispensable de la lectura de los pasaportes o de las cédulas de identidad. El oficio de los policías, la intuición de ciertos jueces de instrucción para descubrir a los criminales, sólo son un notable desarrollo del sentido fisionómico. Este sentido es uno de los elementos primordiales de ese gran arte de "entender en cuestión hombres", cualidad esencial para todos aquellos que tienen que dominar: jefes de Estado, jefes de ejército, jefes de industrias, jefes de bancos, y que a menudo se ven en la obligación de hacer nombramientos para empleos más o menos importantes.

En nuestra época todavía, no obstante los numerosos y concienzudos trabajos, la fisionomía continúa siendo un arte de intuición; aún no es una ciencia, ya que carece de instrumentos de medida y de medios precisos de valoración.

Sin ser fisionomista de profesión, todo joven es perito, por ejemplo, en adivinar el significado de una mirada femenina; más, cuál es el muchacho, el más erudito que pueda encontrarse, que sea capaz de explicar, anatómicamente o fisiológicamente, la diferencia que existe entre una tierna mirada y otra indiferente o muy fría? Los técnicos más hábiles de nuestros laboratorios se declaran incompetentes para sugerir medios de apreciación de esos ligeros movimientos de las pupilas femeninas capaces de perturbar nuestros pobres corazones masculinos, como han, en la historia, trastornado imperios...

¿Quiere decir entonces que debemos contentarnos con dejar a cada uno librado a sus impresiones personales y que no pueda perfeccionarse el instinto natural? No somos de ese parecer. El hombre es esencialmente capaz de perfección; puede aprender a ver mejor, a sentir mejor, a juzgar mejor; puede por lo menos enriquecer su saber con la experiencia ajena. Tan es así que, desde hace algunos lustros, los estudios fisionómicos han tomado notable impulso.

Los anglosajones aplican el estudio del carácter por los sig-

El cuerpo humano encerrado en la geometría

Es fácil notar que hay individuos que tienen extraordinariamente desarrollada la parte superior de la cabeza, en tanto que otros tienen los pómulos salientes y el maxilo nasal notablemente ensanchado, que otros un maxilar inferior potente, etc. No es difícil, ante el rostro enflaquecido de un asceta, o su reverso los rasgos rechonchos del "bon vivant", llegar a conclusiones sobre las diferencias capitales de su modo de alimentarse y de las preocupaciones mentales de cada uno de estos tipos. El genial dibujante que fué Alberto Durero se interesó, en su enseñanza, en adaptar las formas de la cabeza con las formas geométricas: rectángulos más o menos alargados, trapecios, etc. Con vigor y seguridad incomparables, ha resumido el cuerpo humano

en algunos rectángulos que lo cercan íntegro.

Pierre Camper hizo un estudio dilatado de las variantes en las formas generales de la cabeza según las razas y las edades; demostró la importancia del ángulo facial; describió y dibujó las formas del cráneo en sus relaciones con el rostro; cara y cráneo de proporciones regulares que puede inscribirse en un cuadrado o en un rectángulo, cráneo relativamente chico con predominio del maxilar superior y separación de los pómulos que puede inscribirse en un exágono; cráneo muy señalado con débil desarrollo del maxilo facial que se puede inscribir en un triángulo o en un trapecio con la base hacia arriba de Durero.

A estas formas elementales, principales, de Durero y Camper, Carton agregó las formas curvas que van desde el redondo al óvalo más o menos alargado al ovoide; pero es fácil ver que los triángulos de Carton corresponden en sus grandes líneas a los trapecios con la base arriba de Durero, sin dejar siempre de señalar un menor desarrollo del maxilar inferior. Rectángulos y triángulos son las dos formas principales con las cuales tienen conexión las cabezas de los hombres de elección. Los exágonos, con un amplio desarrollo del maxilo facial, indican instintos materiales.

El tipo triangular

El tipo triangular es un triangular con tejido celular más desarrollado. El tipo ovoide es el triangular joven; se alía por otra parte al tipo

La cara trapecio con la base hacia abajo se distingue por una anchura mandibular inferior empastada en grasa. Esta cara, los caricaturistas por lo común la dibujan bajo la forma de una pera; representa a los temperamentos egoístas, materialistas, prácticos. No son ni artistas, ni poetas; son realistas. Llenos de celo para sus negocios, son ánticos para lo demás, amantes de la comodidad y del sosiego. Colmados de sí mismos, desde luego, gustan presidir las asambleas y sobre todo los banquetes, ya que los placeres de la buena mesa para ellos representan un papel de lo más importante. Sus apariciones de sencillos, de jovialidad, disimulan mucha malicia y diplomacia; hombres de método y de orden, resultan hábiles administradores.

Las reflexiones que hemos hecho y los ejemplos que hemos citado, permiten dar cuenta del interés histórico, psicológico, práctico, de los estudios fisionómicos.

Una de las superioridades de la ciencia de la fisionomía consiste en que no exige ni aparatos, ni laboratorios monumentales, en que no pide ninguna limitación de espacio, de tiempo, de lugar.

Cuéntase que en épocas en que Molière formaba parte de la "troupe" ambulante de la Béjart, en sus momentos de vagancia en provincias, en Péséaux, iba a casa del barbero Gély para dar sosiego a sus inquietudes. Siempre se ha charlado en casa de los peluqueros. Molière "el contemplador", como lo había apellidado Boileau, se complacía en sentarse en un rincón de la peluquería para observar silenciosamente a los hombres. Cada uno de nosotros puede imitar a Molière y ocupar con estudios fisionómicos los mo-

POR DR. PAUL DESFOSES ILUSTRACION DE GUIDA

Los Fantasmas de Chilecito

ME extraña — le dije a mi amigo Rogelio Bats — que pretendas hacerme creer en los fantasmas...

A estas palabras, Rogelio Bats palideció. Llegaba de un viaje de propaganda política por el norte sin haber cumplido su cometido bajo el pretexto de que fuerzas sobrenaturales se habían coaligado contra él determinando su pronta vuelta.



Estoy lo bastante interiorizado de literatura ocultista, fenómenos hipnóticos, alucinaciones, espiritismo y sugestión, para no convenir, es verdad, en la existencia de poderes cuyo origen y forma desconozco. Ese desconocimiento no impide, pues, su existencia, como un paciente no deja de estar aquejado por una

gas, amén de ciertos artículos insidiosos destinados al adversario político para su publicación en la prensa local.

"Como la casita quedaba verdaderamente aislada en medio del cerro, difícil nos era proveernos y menos conseguir gente para los quehaceres domésticos, de modo que la parte más leve de esas tareas eran realizadas personalmente por Alonso — mi secretario — y yo. El resto estaba encomendado a dos viejas brujas que habitaban una construcción de madera de una pieza, distante unos 50 metros de la nuestra.

"Ignoro qué papel hacían allí esas mujeres, excepción hecha del que yo les había asignado, pero cuando nos hicimos cargo de la casita (compuesta de un dormitorio y otra pieza más), ya estaban ellas instaladas y, al parecer, de larga data.

"Como dedicáramos el día a salidas relacionadas con mi misión, pocas veces velamos a las tales viejas; pero de noche nos dábamos siempre luz en sus ventanillas.

"La noche que se iniciaron los acontecimientos que acaecían a mi excesiva imaginación — continúa Rogelio — estábamos enormemente fatigados por una jornada de excepcional actividad. Comimos frugalmente, y sin sobremesa, nos fuimos derecho a la cama. Nuestros lechos estaban en la misma habitación, separados únicamente por una mesita de luz. Inútil decir que el alumbrado se realizaba por medio de velas y que éstas las apagábamos en seguida de acostarnos, para evitar el atraer bichos molestos.

"Empezaba, pues, a estirarme en la cama con fruición, cuando me pareció oír que alguien llamaba a la ventana. Era una de esas ventanas de campo, sin cristales, constando sólo de postigos de madera cerrados con un pestillo. Hice atención durante unos segundos, y el ruido se repitió. Era algo así como si arrojara piedritas.

"¡Iba a encender luz, cuando Alonso me preguntó quedamente: — ¿Oyó? — Si — le contesté. — ¿Qué será? — Y encendí la vela.

"Inmediatamente el ruido cesó. Me levanté, abrí la ventana: era una noche clara, tranquila. No se veía nada ni nadie. En cuanto a la casita de las viejas, quedaba del lado contrario.

"Fui hasta la puerta y asomándome pude ver que una de sus ventanillas estaba iluminada.

"No habían pasado diez segundos, cuando el ruido se repitió. Eran unos golpes irregulares, intermitentes, exactos, me dije, como si arrojara piedritas contra el postigo. Volví a hacer la misma maniobra y todo quedó en silencio. Pero desde ese momento, no dormí más. Dejamos la luz encendida, y aun así, el ruido seguía. Sólo cuando hablábamos o nos movíamos, cesaba el repiqueteo. Excusado decirte que revisamos todo, hicimos salidas rodeamos la casa y hasta — ya muertos

dejar el misterio sin explicación. Tú, que me conoces bien, supondrás ampliamente que no me decidía a aceptar lo sobrenatural a las primeras de cambio.

"Apenas si a la madrugada que siguió a esa noche terrible pudimos recién dormir unos ratos de mal sueño; el resto del día lo pasamos incómodos, sin ánimo para nada, y temiendo como dos niños la aproximación de la noche y el retorno de los malos espíritus.

"Interrogamos nuevamente a las tales viejas, sin ningún resultado. Aunque desconfiaba de ellas, no logramos imaginarme en qué forma podían habernos molestado ni las crea capaz de atraer a los espíritus, porque, a no dudarlo, estos últimos se hubieran asustado de ellas.

"Pero el suceso que determinó mi rápido regreso a ésta, recién aconteció a la tarde de ese

de sueño — intimamos a las sombras con un revólver.

"Todo fue inútil. A la madrugada, recién con el sol, pudimos al fin descansar. Esa noche tuvo lugar la primera advertencia de los fantasmas. A la noche siguiente, el mismo ruido se repitió acompañado de silbidos. La curiosidad, la extrañeza, fueron las sensaciones de nuestra primera noche. Pero la siguiente nos sorprendió fatigados, mal dormidos y nerviosos, aparte de la depresión moral que nos produjo un imprevisto revés de nuestra campaña de esa tarde.

"Tres o cuatro veladas más siguieron en la misma forma, maltratando nuestro sistema nervioso. No pudimos averiguar nada. Incluso pasamos horas enteras en acecho fuera de la casa, no nos dió ningún resultado. Las viejas tampoco supieron explicarnos el misterio, y cuando las apurábamos mucho, no entendían o hacían como tales.

"Estas viejas poseían un hermoso perro negro, de gran tamaño, y bastante manso, a juzgar por las buenas migas que hizo, tanto conmigo como con Alonso. Hete aquí que, una de esas malhadadas noches, oímos arañar desesperadamente nuestra puerta, y al abrirla, vimos entrar al perro, los ojos desorbitados de espanto, el pelo erizado, la cola gacha, que dando unos aullidos o escalofríos, a través la pieza y fué a arrodillarse, tembloroso, debajo de mi cama.

"Alonso y yo nos miramos. Tomé el revólver de la mesa de luz y abrí la puerta: nada. Habituado ya a lo inexplicable, corrí la cadena de la puerta y atranqué ésta con una viga, como suele hacerse en el campo. Alonso estaba fumando cuando me tocó presenciar un fenómeno a sobroso.

"La viga se apartó sola de la puerta, describiendo un círculo — contrariando la ley de gravedad — y hubiese aplastado a Alonso, de no haber saltado éste al suelo. Lo que sí. Casi de inmediato la puerta se abrió violentamente, quedando sus dos hojas detenidas por la cadena. Por esa abertura y por los intersticios del marco miramos hacia afuera, anhelantes. La noche era apacible y luminosa. Ningún rumor la turbaba, ni ninguna sombra la empañaba. No había nadie, nadie.

"Cerramos la puerta en silencio. El perro aullaba todavía, pero más despacio. Entonces sucedió lo inenarrable. Al cerrar la puerta, alguien empujaba de afuera. ¡Y ese "alguien" era invisible, puesto que por la abertura sólo se veía la claridad de la noche, sin que una hoja se moviera!

"Un miedo horrible nos invadió a los dos. Aquello no era una alucinación, puesto que Alonso también sentía lo mismo. Horrorizados ante la idea de que esa fuerza desconocida pudiese albergarse en la pieza, unimos nuestros esfuerzos y logramos vencer la presión exterior. Casi en seguida el perro dejó de aullar. En el resto de la noche no pudimos dormir: una fatiga nerviosa nos impedía pegar los párpados.

"Imaginate — prosiguió Rogelio — cuáles serían nuestras cavilaciones al día siguiente, pues no nos conformábamos con

enfermedad, si el médico no acierta con el diagnóstico.

Pero los fantasmas de Rogelio eran demasiado del corte "clásico" para que no me asombrara la convicción que ponía en asegurarme de su realidad. Además, otra cosa me llamó la atención: la palidez y la turbación de mi amigo cuando los evocaba. Antes de transcribir el relato que me hizo, agregaré para aquellos que se interesan en estas cosas más o menos científicamente, que Rogelio Bats era, en los tiempos en que ocurrió su aventura, una persona catalogada como normal, sin taras hereditarias ni adquiridas, con un cerebro sano, equilibrado y una inteligencia clara y agradable. Debía como cualquier persona sensata; lo bastante como para no embriagarse.

Hecha esta aclaración, he aquí explicado cómo los fantasmas echaron a Rogelio Bats del pueblo de Chilecito...

"Dispuesto a preparar mi campaña política en el terreno mismo — me contó Rogelio — decidí partir de La Rioja para Chilecito, donde, en plena sierra, había alquilado una casita solitaria que me permitiría trabajar en completa quietud y aislamiento.

"Mi secretario me había precedido para poner en orden la casa y disponer de todo lo necesario para tratar de hacer allí la estadía lo más confortable posible.

"Pero cuando llegué, después de un penoso viaje a caballo, tuve la sensación de que allí se gozaría no estaría compensada con la falta de comodidades.

"Acostumbrado a la vida ciudadana, la falta de luz eléctrica, de agua corriente, de cuarto de baño y hasta de ventilador, la ausencia de todos esos pequeños refinamientos, me descorazonó un poco.

"Sin embargo, confiado en el interés del trabajo que me llevaba, y sobre todo en el buen humor de mi secretario, me dispuse a instalarme con filosofía, echándome a descansar en la cama como primera medida.

""Oyó" en que esta última medida no puede dar una idea exacta de mi actividad, aunque no hay duda que la haraganeía metódica es el mejor ejercicio intelectual.

"Los primeros días — debo decir más bien las primeras noches — transcurren en medio de una placidez luciférica.

"Como las nocturnas eran las horas más frescas, esas fueron las dedicadas a hacer anotaciones para futuras y próximas aren-

de la casa y hasta — ya muertos

de la casa y hasta — ya muertos

de la casa y hasta — ya muertos

de la casa y hasta — ya muertos



Días pasados me entusiasmé el retreñ radiotelefónico y me dispuse a escuchar algunas buenas interpretaciones microfónicas. Debo declarar que nunca he sentido mayor simpatía por las personas que miran por el collar o escupan por el micrófono. A pesar de esto me aguanté todo un programa cantado que se inició con unas décimas o pésimas tituladas Mi poncho tucumano. El autor no era otro que el conocido criollo G. Damato, quién (Giuseppe). Tras un breve bostezo se inició el asunto así:

En el rodar errabundo
Con que mi vida desgrano
Tengo un poncho tucumano
Como no hay dos en el mundo.

Afirmación que da por tierra con todas las creencias sustentadas hasta la fecha, de que el Congo Belga, la Cochinchina, el Alto Egipto, las Mariposas del Ganges y el Bramaputra y el Cañón del Colorado ofrecen seguras y valiosas vetas de ponchos tucumanos. Adios las esperanzas que teníamos de efectuar un viaje de circunvaración alrededor de las penínsulas de Gelria, Malaca, Kamchatka, etc., en un barco pequeño, dedicado a la casa y a la pesca con el objeto de adquirir los legítimos ponchos calanques y noruegos.

El señor Damato a juzgar por lo que sigue, pertenece a esa clase de criollos de ley que al igual que el malogrado autor del tan padecido poema El Ombligo no pueden tener entre sus manos objeto alguno de cualquier especie sin desnaturalizarlo, ya sea el objeto vegetal o textil, sea un arbolito de navidad o una camiseta. Continúan las décimas siempre hablando del poncho:

Fué, y en decirlo me ufano,
Fosa y abrigo en mi techo,
Almohada para mi lecho,
Pendón para mi moharra,
Fundá para mi guitarra
Y escudo para mi pecho.

Aunque ignora las ventallas que pueda aportar el tener un muñeco o una cobija en el techo y también debido a que mágico polvo se transforman luego en una almohada, es de felicitarse que el cambiante

Museo de la Confusión

abrigo no haya pasado a convertirse en un utensilio doméstico, un producto para limpiar metales, una cuajada para mi mojarra — una funda para mi chicharra — o un felpudo para mi plexo. Continúa el payador: Aunque su aspecto es sencillo Por sus guapezas gordas Luce cribas como rosas Dibujadas a cuchillo.

Idea personalísima que sobre la sencillez tiene el señor (tamato). De acuerdo a esto tener un alete en el pantalón, un barbojo de oreja a orza, cuatro tapones en el frac, tres operaciones de apendicitis con camiseta puesta, veinticinco pollizas en el chaleco y una manga de langostas perforando la galería de felpa, es vestir con sencillez. Lo que no me explico es cómo le iba a servir de techo al señor Damato, ese poncho tucumano convertido en un colador, fabricante de goteras.

El poeta H. P. Blomberg también se dedica a tener sus éxitos radiotelefónicos. Instantes después del poncho tucumano me sobrevino una composición titulada La Canción de Amalia. Entre los versos de este vals porteño, capté lo siguiente:

Soñaba ser libre soñé que eras
suyo,
En tus ojos negros vio la libertad,
Miró la divisa celeste en tus
cejas,
Besó tus pupilas, y ya no
habió más...

El no habrá hablado más, pero lo que es ella, con seguridad dió sus dos o tres grititos y pronunció una larga arenga condenando las malas costumbres de besar la retina, chupar el ojo de vidrio, acariciar el iris, irritar los lagrimales y morder el nervio óptico.

Un tango medio viejo que de vez en cuando se vuelve a dar, es El Pañuelito. También tiene sus cosas. Todos recordamos aquella de:
y hasta el pañuelo
rodó por el suelo
al oír tu desdén.

Recordamos y dejamos desde entonces que el fasoletto no trate de aumentar su medio, y se desligue además de escuchar a estornudar, resfriarse, aducir moquillo propio, engañarse, optar por la pulmonía doble o venenar en las sierras de Córdoba.

Otra composición que llegó a mi conocimiento por medio del altoparlante es una tonada o

tanada de Magaldi-Noda titulada Mañana es domingo. Con acompañamiento de semufusas y corcheas escuché lo que sigue:

Montado en mi mula yo me haré perdiz
Cruzaré el arroyo, bajaré la cuesta

Dejando a un lado lo de la perdiz en la mula, se me ocurre que después de cruzar un arroyo lo imprescindible debe ser subir una barranca y no caer por la hondata, asomarse al precipicio, explorar el centro de la tierra o dedicarse a la explotación del tóbogan.

El último tango que me resistió a escuchar se llamaba Si se salva el pibe, letra de Esteban Flores. Decía así:

Si se salva el pibe, si el pibe se salva
vas a ver la farra que vamos a dar,
si Dios no permite que el pibe se vaya
será fiesta patria en el arrabal.

¡Fiesta patria por qué? ¡Acaso es un huérfano militar, un boy scout, un legionario en campaña, un guerrero del Paraguay, un expositor transoceánico? ¡Chileno, como dirían Laura Piccini de la Cárcova o Capellini Borges. El sistema de festejar el 9 o el 20 de setiembre y el 20 de mayo ofrece también algún confusiónismo. Veamos la continuación:

Traeremos los pibes de todo el contorno
y así en una tarde repicada de adornos

En un humilde pámparo del 9 de marzo aparece una gran página ilustrada que representa un boudoir-dormitorio. Acompañando esta papantería se hace presente la leyenda que continúa:

Dentro de este carácter esencialmente modéstico, es grande el número de interiorcas que pueden desempeñar una doble finalidad indistintamente en forma elegante y sus afectos por ello el conjunto así, por ejemplo, puede tratarse un comedor que sirva de sala o de living-room al escritor convirtiéndose en dormitorio o bien el caso hoy expuesto de una salita íntima o "boudoir" trocada en dormitorio de niña.

A veces se convence que el comedor se transforme en sala de primeros auxilios y también no es nada despreciable que la salita íntima se convierta en el dormitorio de una niña, pero que el escritorio se transforme en dormitorio salvo que lo estamos leyendo a Gálvez, no podemos ofrecer ventajas. Su circo con diestros no vea la satisfacción de que el interior nos lleve de chinchales, de que la caja de hierro resulte inutillante por haberse resplandecido por haberse convertido en almohada, que nos veamos en la obligación de escribir en traje de gala sobre la mesa de luz; de recibir a las visitas en moquillo o de comer confusivamente reparables como ser: darle vuelta a la lapicera de depósito; llenar de tinta el desafortunado colador del tintero de la cama y la gran taza nocturna sobre el escritorio, etc.

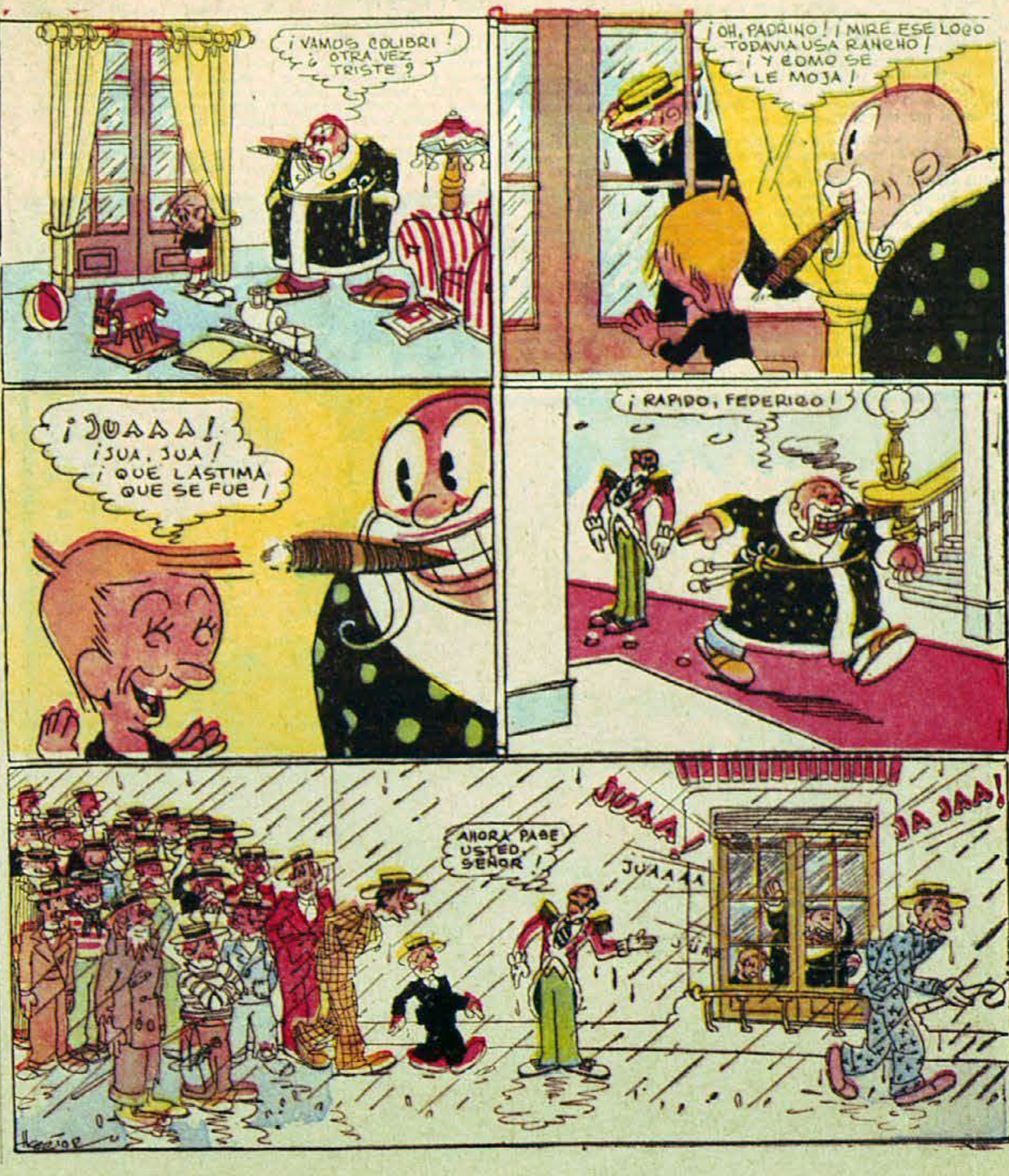
Sobre este asunto del doble uso de las dependencias permitiremos aconsejar lo siguiente: No es práctico dedicar un mismo compartimento como depósito de estropeos y jardín de infantes; como sala de lectura y avistadero; como cámara oscura y museo; como gimnasio y sala de parafísicos; pasero y tiro al blanco; Judio errante y Compañía Transoceánica, etc.

de la casa y hasta — ya muertos



POR Animula Váguila Dibujos de Rodriguez

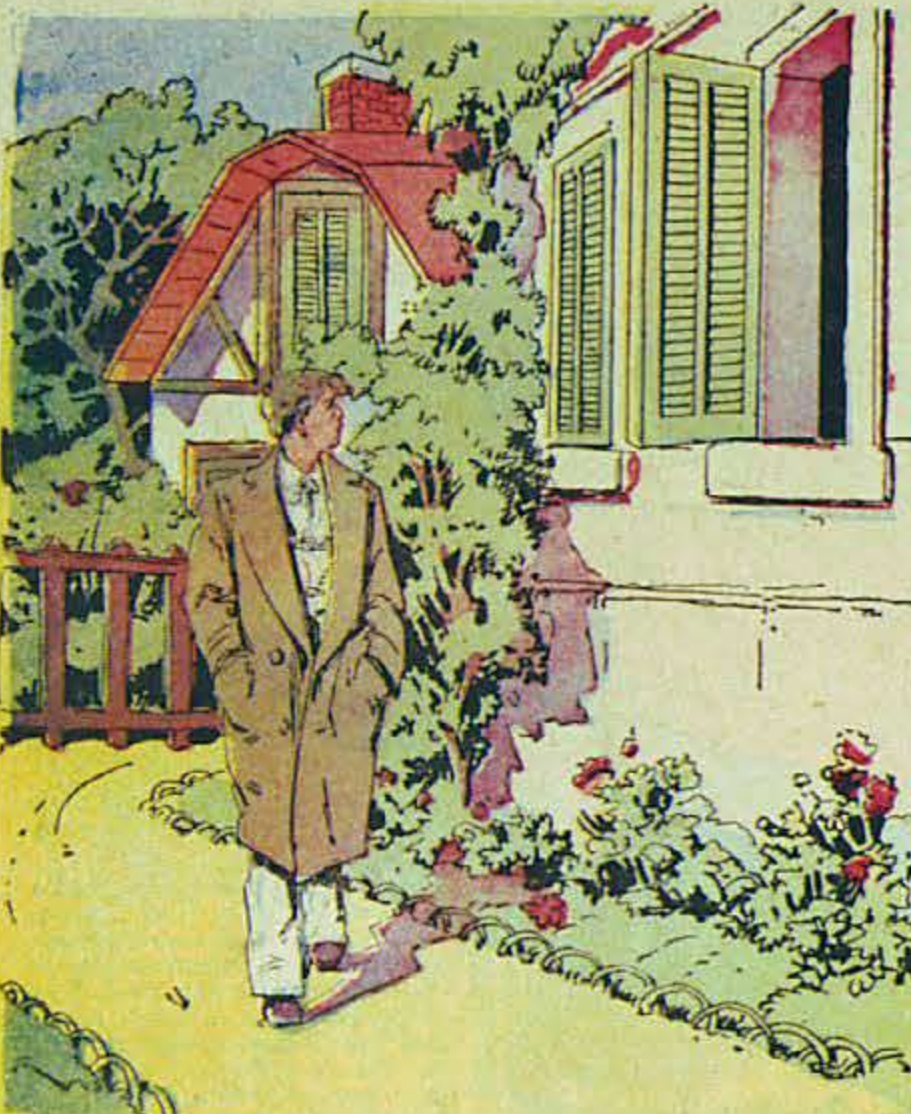
El Nuevo Rico por H. Rodriguez



La Suave Aparición

Peloponeso y Jazmín

★ por Hamlim



ERAN las cinco de una mañana de verano. La casa blanca, con persianas verdes, se destacaba neta sobre el césped. Y por el césped se paseaba su propietario, con los cabellos despeinados, vistiendo un sobretodo sobre el pijama. Dirigía frecuentes miradas a una de las ventanas, la única que tenía las persianas abiertas. Esta ventana pertenecía al dormitorio de él y de su señora. Cuando el reloj de la caballeroza dió las seis entró a la casa y se dió un baño. A las siete llamó al mayordomo para que le preparara el traje.

—Buenos días —dijo Mr. Templeton súbitamente. Nunca empleaba ese saludo, pero esta vez lo hizo para probar la consistencia de su voz. Encontrándola firme, ordenó que le trajera un melón de la huerta.

No tenía apetito para desayunarse; de modo que, casi sin tocar el melón, desdobló un periódico. La puerta del comedor se abrió y aparecieron dos sirvientes, dándole los buenos días con aire embazado.

—Este... no vamos a poder seguir sirviéndolo, señor —dijo una de ellas.

—Yo no tengo nada que ver con eso —dijo él en voz baja—. La señora Hiett está enferma. Dígansele a ella.

Las muchachas abandonaron la habitación.

—¿Qué le pasa a las sirvientas? —preguntó Mr. Templeton al mayordomo, que entraba en ese momento.

—No sé, señor. Ellas no me han dicho nada —mintió— pero creo que hay algún inconveniente.

—¿Por qué? ¿Porque decidí levantarme temprano? —preguntó Mr. Templeton con esfuerzo.

—Sí, señor. Y hay otras razones...

—¿Cuáles?

—La nuca —dijo el mayordomo, siguiendo con los ojos esperantes la lechititud del vello de una mano imaginaria— ha encontrado unas prendas de ropa en el cuarto de Vd., señor.

—¿Ropa mía?

—No, señor. Mr. Templeton pasó un pañuelo por su frente.

—¿Una bata de cama? —preguntó débilmente.

—Dos, señor.

—¿Cielos santos! —exclamó Mr. Templeton—. Ella se estaba desvistiendo detrás del sillón.

Salió de la casa; cruzó sus dos caminos y hasta un bosque, con la idea de hablar a Mr. George Casson, amigo suyo. Pero George se había ido a Londres por todo el día. Mr. Templeton estaba desesperado. No tenía a quien confiar su increíble historia. Volvió a su casa, agrio, cansado por el aire y el ejercicio.

—Le telefonaré a Hiett —dijo, decidido— para asegurarme de que viene esta noche.

Llamó a su esposa por teléfono, le dijo que se encontraba bien, que todo estaba bien y oyó con gran satisfacción que ella volvería esa misma noche, llegando, más o menos, a las doce y media.

—No hay ningún tren anterior —dijo ella—. Mané a advertir a la estación y no hay ninguno entre las siete y las once.

—Entonces mandaré el coche a la estación, a buscarte. Quizá yo ya estare acostado cuando vuelvas, pues estoy muy cansado.

—No estarás enfermo?

—No. He pasado mala noche.

No fué hasta la tarde, después de haber tomado un buen whisky con soda, que Mr. Templeton se animó a pegar un vistazo a su cuarto. Al lado de la estufa había un gran sillón, muy antiguo, de respaldo muy alto. Frente a él y a la estufa, estaba la doble cama, en uno de cuyos lados se había sentado a escribir la noche anterior. Caminó hacia el sillón. Con las manos en los bolsillos, permaneció mirándolo, pensativo. Después fué hasta el ropero y abrió uno de sus cajones. En el lado derecho estaba la ropa interior de Hiett, muy bien planchada. En el otro lado estaban los raitos de cama, doblados, pero no planchados. Mr. Templeton vio varias arrugas en la seda.

—Es evidente, es evidente —dijo, caminando hacia la ventana— que algo ha sucedido después que yo dejé el dormitorio esta mañana. Las criadas creen que han encontrado prendas de alguna mujer extraña sobre el piso. Sin embargo, son de Hiett.

—¿Hace dos noches? —pensó, mirando de nuevo a la cama.

Si, dos noches antes estaba acomodado en la cama, escribiendo, con todos los papeles desparramados a su alrededor. De pronto levantó la vista y vio, distraídamente, al gran sillón, de espaldas a él, tal cual lo había dejado al acostarse, pero lo que hizo correr un frío intenso por su espina dorsal fué el divisar dos manos pesadas lánguidamente sobre el respaldo, como si alguien estuviera arrodillado en el asiento. No se atrevió a moverse. Pasaron diez minutos y las manos fueron retiradas con rapidez, como si el ocupante de la silla hubiera cambiado de postura.

Largo rato permaneció en observación. Pero no vio nada y se tranquilizó.

—Fatiga mental —dijo— ¡jujaretas de la imaginación.

—Realmente, ella está helando la cama —pensó.

El rumor del motor del coche debajo de la ventana lo llenó de confusión. Alónto oyó el ruido que hizo la puerta del garaje, al abrirse. Miró la iluminada esfera del reloj y vio que las manecillas marcaban las doce y veintiseis. Entonces, apremiado aún la helada mano, oyó la clara voz de su esposa en el hall de abajo.

Sin embargo, no se atrevió a apagar la luz. A las cinco se levantó sin haber dormido, con los ojos fijos en el sillón. Después salió al jardín.

A la segunda noche (anoche otra vez se sentó en la cama, dispuesto a escribir, tan completa era su convicción de que los sucesos de la noche anterior no habían sido más que alucinaciones. Pero de vez en cuando dirigía medrosas miradas al respaldo del sillón, lamentando, interiormente, no haberlo puesto de frente a él.

No haría dos horas que trabajaba cuando se dió cuenta de que algo estaba pasando en el sillón.

—¿Quién está ahí? —preguntó.

El leve ruido que había oído cesó por un instante y luego comenzó de nuevo. Creyó ver una mano que se asomaba por uno de los costados, arrojando una prenda al suelo, y le pareció distinguir una masa de cabellos rubios cayendo sobre el respaldo. Se desmayó.

Cuando volvió en sí, el cuarto estaba a oscuras. Miró a su alrededor, atemorizado. Oyó un ruido en el lavatorio; un ruido de pasos más cerca de su cama que del sillón... ¡No estaba solo! La "cosa" estaba en el cuarto, aún!

Ayudado por la tenue luz de la aurora, pudo ver que su visitante estaba al lado del lavatorio. Se oyó un suave chocar de vasos y luego el agua al salir de la canilla. Confusamente vió a una mujer.

—Se está desvistiendo —pensó— y lavando.

Un alarmante pensamiento lo asaltó. ¿Sería posible que la mujer viniera a acostarse? Fué ese mismo pensamiento lo que hizo que saltara de la cama y saltara, como en la noche anterior, al jardín, olvidando ponerse el "robe de chambre" y echando mano a un sobretodo que había en el hall.

—Y ahora —pensó Mr. Templeton esa tarde, parado en el dormitorio— Hiett supondrá que le he sido infiel o, de lo contrario, tendrá que creer en lo sobrenatural.

Se dirigió hacia el sillón y lo tomó con ambas manos. Estuvo por arrojarlo al jardín, pero se detuvo.

—Lo dejaré donde está —dijo— y me acostaré como de costumbre.

Pasó el resto de la tarde jugando al golf. A la noche jugó ligeramente y se fué a la cama. La falta de sueño le había producido un fuerte dolor de cabeza. Tomó un par de aspirinas y se acomodó a leer una novela ligera que le permitiera leer y observar al mismo tiempo. Hiett volvería a las doce y media. El mayordomo la esperaba abajo. En un rincón del dormitorio había una mesita con sandwiches, por si ella sentía apetito.

Eran las once; aún le quedaba una hora y media de espera.

—Ella puede venir a cualquier hora —dijo (Ella era la extraña visitante).

Había puesto el sillón frente a él, de manera que pudiera ver el asiento.

Pasó un cuarto de hora. Su dolor de cabeza era tan intenso que abandonó el libro y apagó la luz grande, dejó a un lado el reloj, que iluminaba el gran reloj de la estufa. Cinco minutos después yacía con el rostro sepultado en la almohada, sintiendo el dolor de cabeza desde el fondo de su somnolencia. Oyó la llegada de su esposa y deseó interiormente que no lo despertara. Un ligero ruido se percibió en el cuarto cuando ella entró, pero su dolor de cabeza no le permitió hablarla. La oyó cuando se deslizada a sentir lo despertó por completo. Adelantó su brazo y oprimió la mano de su esposa, arrepentido de no haberle dado la bienvenida. Ella también estaba fría, extraña, helada, y a juzgar por su silencio, parecía estar dormida.

—Realmente, ella está helando la cama —pensó.

El rumor del motor del coche debajo de la ventana lo llenó de confusión. Alónto oyó el ruido que hizo la puerta del garaje, al abrirse. Miró la iluminada esfera del reloj y vio que las manecillas marcaban las doce y veintiseis. Entonces, apremiado aún la helada mano, oyó la clara voz de su esposa en el hall de abajo.



por Enid Bagnold Peairo de Rojas